



HOMILÍA en la Ordenación de presbítero de Pablo Gómez Mateos y de diácono de Antonio Luís Sánchez.

Santa Iglesia Catedral (17 de septiembre de 2011)

Sres. Vicarios; Sacerdotes concelebrantes; religiosos/as; seminaristas; Saludamos a los Sres. Rectores del Seminario de Cádiz y de Madrid; profesores, compañeros; queridos ordenandos: Pablo y Antonio Luís; damos la bienvenida a sus familiares y Parroquias respectivas: San Benito (Jerez) y M^a Auxiliadora (Arcos); nos acompañan hoy un grupo nutrido de monaguillos que estuvieron presentes en la pasada convivencia, a los cuales damos también la bienvenida; amigos y hermanos todos:

“Uno murió por todos, por consiguiente, todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 15).

Estas palabras del Apóstol resuenan con fuerza en nuestro interior y especialmente en vosotros, Pablo y Antonio Luís, que dentro de poco recibiréis por la imposición de manos y la oración consagratória el Sacramento del Orden, que como a Jeremías os llama a ser instrumentos de Dios para llevar la salvación a los hombres.

Amigos de Jesús

En efecto, el ejercicio del ministerio supone un “no vivir ya para sí”, sino entrar en la dinámica de la “donación”, que es fruto de una llamada y elección por parte del Señor; un signo de amistad que nos remite al Evangelio de San Juan:

“Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos” (Jn 15,15).

¡Qué maravilla, hermanos, estas palabras del Señor!: “a vosotros os llamo amigos”. Son palabras que merecen ser guardadas en el corazón porque Jesús nos hace el don de su amistad, nos hace amigos suyos, nos da su confianza y, con la confianza, la intimidad y el conocimiento. Es decir, nos hace sus confidentes mostrándonos lo más profundo del misterio de Dios; nos revela su rostro, su corazón, su ser amor, que se derrama en el designio de salvación hacia todos los hombres:

“... porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer”

Y un rasgo más de su amistad es que permite a la Iglesia hablar con su “Yo” haciéndola prolongación de su ministerio; como Sacerdote y Diácono se os va a confiar su misma acción salvífica: la Verdad de su Palabra, su Cuerpo eucarístico y todo el poder sacramental que de la locura de la cruz y del amor extremo que brotan de su costado nos permiten decir con Él y en su nombre:

«Yo te absuelvo de tus pecados» «Esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre».

Ante esta grandeza de confianza y de amistad lo primero es entonar una acción de gracias al Señor y ése es el sentido más inmediato de esta Eucaristía, donde junto con vuestras familias y amigos y como miembros

de la Iglesia que camina en la Diócesis de Asidonia-Jerez, nos unimos todos en comunión para expresar por medio de la plegaria eucarística nuestros sentimientos de adoración, alabanza y acción de gracias por este don de su amor que hoy nos hace.

En segundo lugar, nos conmueve y enardece a todos escuchar que la razón de nuestro ser el “Nuevo Pueblo de Dios” y “Cuerpo de Cristo” –que es la Iglesia, como nos expresa San Pablo en la Carta a los Colosenses, cf. 1, 24- es fruto de la amistad del Hijo de Dios, prolongada en el seguimiento apostólico y la ofrenda personal de todos los llamados a colaborar en la misma misión del Señor. Por tanto, esta celebración es también una invitación a todos a renovar la amistad con Jesús y de forma especial es una llamada a vosotros, Pablo y Antonio Luís, que recibiréis el ministerio del Orden, a tener siempre presente que en ella está la raíz y la fuente de vuestro ser Sacerdote y Diácono.

Es por ello que tenéis que ir cultivando día a día esa relación de cercanía y conocimiento mutuo con el Señor. Y, ¿cómo hacer crecer esa amistad con Jesús? nos lo expresan bien los ministerios que recibiréis hoy.

Mensajeros y testigos

En primer lugar, el ministerio diaconal se hace receptor del ministerio de la Palabra y al mismo tiempo, transmisor mediante el testimonio profético de que “la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros” (Jn 1,18). En el Evangelio es Jesús quien nos sale al paso; por lo tanto, el primer requisito para crecer en su amistad es cultivar una profunda familiaridad con la Palabra de Dios, como bien afirma la “Verbum Domini”:

“Es necesario acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: la mente de Cristo (1Co 2,16)... solamente permaneciendo en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la Verdad y será verdaderamente libre” (Idem. n. 80).

En segundo lugar, el ministerio sacerdotal nos remite de forma especial a la Eucaristía, lo que nos ilumina que otra fuente importante para crecer en la intimidad con el Señor es mediante la celebración cotidiana de este sacrificio del altar. De la Eucaristía brota la fuerza para poder donarnos en todos los ministerios. En ella Dios se hace cercano hasta hacerse nuestro alimento que nos da el vigor necesario para recorrer el camino tantas veces difícil de la entrega a los demás. En el encuentro eucarístico nos encontramos con la presencia amiga que transforma nuestra vida y nos permite unir nuestra vida con Cristo.

Por eso, llama también la atención cómo en el Evangelio Jesús establece que la amistad se forja sólo si por el amor somos obedientes a Él: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Jn 15, 14). Jesús define la amistad como la “comunión de las voluntades”. Pues bien, a esta comunión estáis llamados, ya que vais a servir a la comunidad eclesial como pastores, como signos vivos del único Buen Pastor. Por tanto, debéis conformar vuestro estilo de vida al de Él, que no es más que entregarse en el servicio y el amor de un modo total y exclusivo.

Célibes por el Reino

Una expresión peculiar de esta entrega y una ayuda para configurarnos a Cristo es el celibato, que -como afirma la “Sacramentum caritatis”- no basta con comprenderlo en términos meramente funcionales, sino que en realidad, representa una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo. Dicha opción es ante todo esponsal; es una identificación con el corazón de Cristo Esposo que da la vida por su Esposa.

Por tanto, queridos Pablo y Antonio Luís: tened siempre presente que el celibato sacerdotal, vivido con madurez, alegría y entrega, es una grandísima bendición para vosotros que os llevará día a día reflejar la presencia y el amor del Señor: “vosotros sois la luz del mundo”; luz que iluminará con más fuerza el camino de la auténtica libertad, la victoria de Cristo Resucitado y la esperanza de la vida eterna, pues cuanto más

amamos a Jesús y más lo conocemos, tanto más crece la certeza y la alegría de que en el seguimiento del Señor “la verdad nos hace libres” (cf Jn 8, 32).

Enviados a evangelizar

El otro aspecto a destacar de las lecturas de hoy es la elección para una misión, tan bien recogida por las palabras del profeta: “Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones” y confirmadas por las palabras de Jesús que en su discurso nos dice: «Os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).

Aparece aquí la razón de ser de nuestra elección: la misión. No sois ordenados para un beneficio propio, sino para llevar a todos el don de la fe; para que la amistad con Cristo llegue también a los demás. Somos ministros del Señor: sacerdotes y diáconos para servir a la humanidad entregándoles el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, fruto de vida eterna, que permanece para siempre y que es lo único que puede transformar la Tierra de valle de lágrimas en Jardín de Dios.

Por último, ante la misión no cabe duda que como Jeremías tenemos miedo, pero el Señor nos repite: “no temáis yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”, lo cual nos lleva de nuevo al Misterio de su Presencia humilde y escondida, es decir, a la Eucaristía, donde además nos reconocemos mutuamente como miembros del mismo “Cuerpo”.

Unidos en Cristo

En efecto, como bien ha afirmado el Santo Padre en el Congreso Eucarístico Nacional Italiano, celebrado en Ancona, la comunión eucarística nos arranca de nuestro individualismo, nos comunica el espíritu de Cristo muerto y resucitado, nos conforma a Él y nos une íntimamente a los hermanos en el misterio de comunión que es la Iglesia, donde el único Pan hace de muchos un solo cuerpo (cf. 1 Co 10, 17)

Nutrirse de Cristo es el camino para no permanecer ajenos o indiferentes ante la suerte de los hermanos, sino entrar en la misma lógica de amor y de donación del sacrificio de la cruz. Quien sabe arrodillarse ante la Eucaristía, quien recibe el Cuerpo del Señor no puede no estar atento, en el entramado ordinario de los días, a las situaciones indignas del hombre, y sabe inclinarse en primera persona hacia el necesitado, sabe partir el propio pan con el hambriento, compartir el agua con el sediento, vestir a quien está desnudo, visitar al enfermo y al preso (cf. Mt 25, 34-36). En cada persona sabrá ver al mismo Señor que no ha dudado en darse a Sí mismo por nosotros y por nuestra salvación.

Por último, hermanos, que la Madre de Jesús, la Virgen María, os acompañe en vuestro quehacer pastoral para que en vuestro corazón resuenen siempre sus palabras: “haced lo que El os diga”. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez